

## Las Guerras Obreras

El mundo civilizado entra de nuevo en un período de grandes levantamientos obreros. Es posible que contribuya a ello el período ascendente del desarrollo de la industria; pero hay dos hechos que privan sobre todo: de una parte, el esfuerzo consciente de los trabajadores de toda Europa y de las dos Américas para abrir de nuevo la era de los movimientos obreros, y de otra el despertar general de la tendencia revolucionaria.

Este esfuerzo consciente de los trabajadores, nos es perfectamente conocido. Gracias a la frecuencia actual de las relaciones internacionales entre trabajadores y al trato fraternal que existe entre el movimiento societario del mundo entero y los anarquistas, estamos en perfectas condiciones para darnos cuenta de él.

En todas partes sintieron los trabajadores un momento de ciego entusiasmo por el socialismo parlamentario; creyeron ver en el socialismo que acababan de proclamar esta gran idea:—el fin de la servidumbre obrera, la fraternidad de todos en la producción emancipada del yugo capitalista, y el principio de una vida nueva de libertad;—creyeron que esa gran idea produciría en los viejos mentideros parlamentarios potentes luchadores y titanes que desencadenarían la tempestad de su palabra como los Dantón de la Revolución francesa, despertando los corazones para la lucha suprema...

Nada de eso ha sucedido. Los mismos que hacían vibrar los corazones en tanto que hablaban delante de las multi-

tudes se convertían en chanchulleros de intrigas políticas en cuanto traspasaban el umbral de un Parlamento o apenas percibían la puerta de la Asamblea entreabierta para recibirlos. Y los trabajadores conscientes de todos los países les vuelven hoy la espalda.

Un trabajo grande, pero sordo, desconocido, sin tregua, se hace de algunos años a esta parte en las minas y en las fábricas de todo el mundo, de puro contacto, de hombre a hombre, teniendo por contrachista aquella gran Idea que inspiró a la Asociación Internacional de los Trabajadores en su principio en 1864: «Hábilese ó no de nosotros en los Parlamentos burgueses, poco importa; no vendrá de ahí nuestra emancipación. ¡La emancipación que esperamos ha de venir de la mina, de la fábrica, del campo, de nosotros mismos; debe ser conquistada por nuestros brazos!»

Y, en efecto, vése desde hace algunos años que la guerra obrera estalla con cualquier pretexto y por todas partes, a pesar de las rociadas de agua fría que le arrojan los parlamentarios, de las traiciones de los directores tal como acaba de verse en Holanda, a pesar de todas sus jesuíticas intrigas.

Recordemos los comatos de levantamiento general de estos últimos años, tentativas que forzosamente deben preceder todo gran movimiento y que se han visto siempre en la víspera de todas las revoluciones; recordemos Barcelona, Andalucía, la huelga general comenzada en Bélgica no por orden sino contra la voluntad de los políticos; accordémonos de Ginebra y de la negativa de los milicianos a tomar las armas contra los huelguistas, recordemos los motines de Petersburgo, de Rostoff, de Zlatooust y de Nijni, de Holanda, y, por último, de la grandiosa huelga de los mineros de los Estados Unidos, sin igual en las luchas épicas del proletariado, que conmovió y minó durante varios meses toda la organización capitalista de la poderosa república. ¡Víense esa huelga, apenas terminada, que comienza de nuevo! Treinta mil mineros recurren otra vez a la huelga desde el 23 de abril en Pensilvania, y huelgas de una violencia notable acaban de estallar en Connecticut, ó están a punto de manifestarse en Massachusetts, en Nueva-York, etc. La situación es tan tirante, que patronos y obreros se hallan de acuerdo para declarar que estamos en el principio de un levantamiento general en la industria que hasta la hora presente parece inevitable...

Por más que se trate de desviar los trabajadores por medio de una avalancha de teorías torpemente contrarevolucionarias; por más que se intente falsear todos los fundamentos de la filosofía naturalista para retrotraer los trabajadores al redil jesuítico donde los burgueses han caído; todo es inútil, la tendencia revolucionaria se despierta nuevamente en el mundo entero, y no se satisface ya con la declamación de grandes palabras, sino que quiere la Tierra, la Mina, la Fábrica, la Felicidad, toda la Riqueza social para los que la producen, únicamente para todos aquellos que dan su esfuerzo para producirla. ¡Basta ya de palabras! ¡La Revolución Social, la grande, la her-

## LA HUELGA GENERAL

mosa, la amadísima es la que todos los oprimidos ansian y a la que recurren con sus ardientes aclamaciones.

P. KROPOTKINE

*El criterio del derecho que actualmente rige es este: la dignidad del hombre como individuo, resguardada en principio y fundamentalmente superior a todo ley y a todo expediente del espíritu enemigo de la patria y aux de la humanidad misma.*

SALMERÓN